Capítulo 1. La danza eterna del cielo

Hay noches en las que al levantar la vista apenas encontramos un fino hilo de luz suspendido sobre el horizonte. Otras, la Luna ilumina el paisaje con tanta intensidad que parece querer competir con el propio Sol. Sin embargo, aunque nuestros ojos la perciban diferente cada noche, hay algo que nunca cambia: la Luna siempre está completa. Quizá esa sea una de las primeras enseñanzas que puede ofrecernos. Nosotros también atravesamos etapas. Hay momentos en los que nos sentimos llenos de energía, con las ideas claras y el corazón abierto al mundo. Y existen otros en los que necesitamos silencio, descanso o simplemente detenernos. Desde fuera puede parecer que hemos perdido nuestra luz, pero, igual que ocurre con la Luna, la esencia permanece intacta, aunque no siempre sea visible. Vivimos en una sociedad que nos invita constantemente a producir, avanzar y demostrar resultados. Se espera de nosotros que permanezcamos siempre en nuestra mejor versión, como si la vida fuera una línea recta de crecimiento continuo. Sin embargo, basta con observar la naturaleza para descubrir que nada funciona así. Los árboles no florecen durante todo el año. Los ríos aumentan y disminuyen su caudal. Las estaciones transforman el paisaje. La semilla necesita permanecer enterrada antes de brotar. Y la Luna cambia de apariencia cada pocas noches. Todo cuanto existe se mueve en ciclos. La naturaleza jamás interpreta esos cambios como un fracaso. No considera que el invierno sea un error porque los árboles hayan perdido sus hojas, ni que la noche sea menos valiosa que el día. Cada etapa tiene una función, un propósito y una belleza diferente. Quizá nosotros también podríamos aprender a mirarnos de esa manera.

—— La Luna: el primer calendario de la humanidad. Mucho antes de que existieran relojes, calendarios o teléfonos móviles, las personas levantaban la vista hacia el cielo para comprender el paso del tiempo. La Luna fue uno de los primeros relojes naturales de la historia. Su transformación constante permitía reconocer cuándo comenzaba un nuevo ciclo, cuándo era el momento de sembrar, cuándo recoger la cosecha o cuándo celebrar determinadas festividades. Durante miles de años, pueblos de todos los continentes observaron sus movimientos con enorme atención. Los antiguos egipcios relacionaban la Luna con el renacimiento y el orden del universo. Los griegos la representaban mediante distintas deidades que simbolizaban sus diferentes aspectos. Las culturas celtas organizaban parte de su vida espiritual siguiendo los ritmos de la naturaleza y del cielo. Muchos pueblos indígenas continúan utilizando calendarios lunares para actividades agrícolas y ceremoniales. Aunque cada cultura desarrolló sus propias interpretaciones, todas compartían una misma idea: la Luna representaba el cambio constante sin perder nunca su esencia.

—— Más que un astro. Desde un punto de vista científico, la Luna es el único satélite natural de la Tierra y su movimiento explica las fases que observamos cada mes. Pero para millones de personas, además de ser un cuerpo celeste, también se ha convertido en un símbolo. Representa la intuición. La transformación. Los ritmos naturales. La feminidad en muchas tradiciones. El misterio. La renovación. Es importante distinguir ambos planos. La astronomía explica cómo se producen las fases lunares y sus efectos físicos conocidos, como su influencia sobre las mareas. Por otro lado, muchas corrientes espirituales y culturales atribuyen a cada fase un significado simbólico para la reflexión personal. Ambas perspectivas pueden convivir sin confundirse.
En Saṃsāra no entendemos la Luna como algo que determine nuestro destino, sino como un recordatorio de que todo cambia y de que esos cambios también forman parte de nosotros.

—— Una invitación a observar. Antes de aprender el significado de cada fase lunar, antes incluso de realizar un ritual o escribir una intención, existe una práctica mucho más sencilla. Salir una noche. Mirar al cielo. Y permanecer unos minutos en silencio. Sin pedir respuestas. Sin esperar señales. Solo observando. Quizá descubras que hacía meses que no levantabas la vista. Quizá recuerdes que la naturaleza sigue su curso incluso cuando nosotros vivimos con prisa. Y quizá, por un instante, comprendas que tú también formas parte de ese mismo universo que gira, cambia y

renace constantemente. Porque la Luna nunca deja de ser Luna. Y tú nunca dejas de ser tú, incluso en las etapas en las que todavía no puedes ver toda tu luz.